

La cultura material de los pueblos pirenaicos y la investigación moderna*

A cerca de la cultura material de los pueblos del Pirineo se ha escrito abundantemente desde fines del siglo XIX a hoy. Un tratado general, el de Fritz Krüger, constituye el recuento más perfecto de todo lo que se sabía sobre el tema hasta hace cosa de quince años¹. Después los estudios de los dialectólogos nos han proporcionado más noticias de modo indirecto o directo² y, por último, los folkloristas se han lanzado a escribir a un ritmo insólito. Como obra concebida y desarrollada desde un punto de vista folklórico-etnográfico en esencia hay que señalar la de R. Violant Simorra, *El Pirineo Español*³, en que no sólo se trata de los aspectos materiales, sino también de otros asuntos tocantes a la cultura y a las instituciones propias de las gentes que habitan el Pirineo e incluso áreas prepirenaicas. Resulta hoy, pues, un poco difícil decir novedades sobre algo tan tangible como la cultura material si se siguen los métodos al uso, bien sea el filológico de «palabras y cosas» utilizado con todo rigor por Krüger, bien sea el temático analítico, preferido por Violant. Sin embargo, me parece que aún es posible llevar a cabo algunas operaciones con la masa de datos reunidos y también adoptar puntos de vista diferentes ante ellos. Dejando ahora a un lado la investigación lingüística en sus diferentes aspectos, juzgo:

1.º Que hoy la mayoría de los etnógrafos que se dedican al estudio de los pueblos pirenaicos españoles prestan poca atención al desenvolvimiento histórico de aquéllos, contentándose en frecuentes casos con emitir algunas conjeturas que a menudo son endebles.

2.º Que tampoco han estudiado con todo el rigor que se requiere el nexo que hay entre los diversos aspectos de la vida y sociedad que estudian.

* VII Congreso Internacional de Lingüística Románica. Actas y memorias, ed. de A. Badía, A. Giera y E. Udina (Barcelona, 1955), II, pp. 697-706.

1. *Die Hochpyreniden*, cuatro partes (Hamburgo, 1935-1939). Son cinco fascículos.

2. Por ejemplo, el de M. ALVAR, *El habla del campo de Jacá* (Salamanca, 1948).

3. (Madrid, 1949). Después ha publicado *Síntesis etnográfica del Pirineo español y problemas que suscitan sus áreas y elementos culturales* (Primer Congreso Internacional de Pirineístas. Zaragoza, 1950).

Conviene ir al campo con los ojos más abiertos que lo acostumbrado, no sólo para observar, sino también para interpretar los hechos con arreglo a las últimas exigencias de las ciencias antropológicas.

Ha llegado ya el momento de prescindir de algunos prejuicios extendidísimos como el de creer que el tipo más elevado de investigación folklórica es la efectuada a la luz de los efectos «rasgo» o «trazo» y «área» cultural, y el de considerar que la meta de nuestros esfuerzos debe ser precisar en un mapa ciertos ámbitos donde se dan o repiten determinadas formas de aperos u otros objetos usuales. También se ha de admitir que en el campo de la exégesis el método comparativo que está todavía en uso (y que se aplica como algo de virtudes extraordinarias) es ya muy poco útil en sus últimos resultados. En otras palabras, hemos de hacer más *estudio de funciones* que *morfología* y más *historia* verdadera que *reconstrucciones conjeturales*, de base psicológica no muy fina, sobre «orígenes» y «evolución». No hay razón para que los criterios que imperan hoy al estudiar los pueblos de otros continentes, sean primitivos o no, no se apliquen a Europa. Aunque parezca paradójico, pues, he de ir un poco contra el título de la ponencia que suscribo. Y voy contra él en primer término por razones extraídas de mi experiencia personal, no por puro modernismo teórico. Es evidente que los Pirineos constituyen una unidad, hasta cierto punto, apuesto que desde épocas remotas los distinguieron como tal geógrafos, viajeros, militares y estadistas. Pero no hay que dejarse fascinar por lo que tienen de tal hasta el grado de no ver en ellos y alrededor de ellos ciertas realidades concretas, ajenas a esta unidad tan traída y llevada hoy.

Mi amigo y colega R. Violant -según indiqué- ha hecho en su hermoso libro un recuento temático de las costumbres pirenaicas. Hay en él datos sobre localidades del Bidasoa navarro y las tierras de Guipúzcoa meridional, sobre los valles orientales de Navarra, el Alto Aragón y las regiones pirenaicas y prepirenaicas de Cataluña. He de confesar -y ya lo indiqué en otra ocasión- que todos estos datos, unidos desde un punto de vista temático, me producen menos interés que vistos en su respectivo ámbito. Y es que, en realidad, entre áreas y áreas pirenaicas hay una diversidad tal que una catalogación de varios hechos registrados en ellas a la luz de la morfología, resulta menos reveladora que el estudio a fondo de una localidad o un área más reducida. Hoy hay que ganar intensidad y perder extensión si se quiere hacer algo nuevo. Y para ello es necesario combatir otros prejuicios.

Los etnólogos y folkloristas interesados por temas europeos a menudo ampliamos desmesuradamente el ámbito en que vamos a desarrollar nuestra investigación, y reducimos de una manera también desmesurada el ámbito social de la misma, queriendo por ejemplo hablar de lo popular como si fuera cosa aislable y aislada de modo que no lo es. Siento mucho decir que el uso que se viene haciendo de las palabras «pueblo», «popular» y «folklore» en los últimos años me parece sencillamente detestable. Y como prefiero justificar mis puntos de vista con ejemplos a usar una dialéctica abstracta, cogeré uno concreto para hacer ver con rapidez:

1.º Por qué considero que hay que superar la morfología etnográfica al uso.

2.º Por qué me parece que hay que hacer más análisis funcionales.

3.º Por qué juzgo que es necesartio perfilar las investigaciones históricas y limitar las conjeturas sobre orígenes, evolución y cosas similares.

4.º Por qué estimo que se está abusando del concepto de lo popular.

II

Cogeré como ejemplo el país que hasta hace poco ha sido campo más frecuente de mis observaciones. Es decir, el País Vasco. Comencé a vivir en él en una época en que ya había sufrido en gran parte los efectos de industrializaciones a base de hierro y carbón y cuando entraba en toda su pujanza la efectuada por medio de la electricidad, dos hechos, por cierto, que han contribuido más a cambios de toda índole que años y años de reformas políticas y luchas civiles. En aquella época a la que aludo vivía todavía mucha gente que se habían desarrollado en un período en que la sociedad tenía otra fisonomía, sociedad que he podido estudiar con cierto lujo de detalles. Allá a mediados del siglo XIX, en la costa de Guipúzcoa y Vizcaya había una porción regular de pescadores viviendo en pueblos de fisonomía especial. Con ellos convivían en parte granjeros («caseros») de situación económica variada, pero que, desde el siglo XVIII por los menos, cultivaban cantidad de especies nuevas, con una técnica bastante compleja. Poseían éstos ganado en estabulación, sobre todo vacuno. Más al interior o en los altos, vivían otros campesinos que seguían asignando importancia a los viejos cereales europeos y que poseían ovejas y vacas en forma menos doméstica que los anteriores. La vida de los «*kostarrak*» de la gente de la costa («*kostalde*») y de la parte baja, «*Beterri*» de Guipúzcoa, era más muelle, al parecer, que la de los pastores y labriegos de las tierras altas del «*Goierri*». En las sierras y valles de esta segunda zona los pastores, los leñadores y carboneros, los mineros y ferrones, formaban grupos que ocupaban áreas determinadas, pero siempre de una manera que recuerdan de modo notable a la «sección del valle nórdico occidental» que Sir Patrick Geddes consideraba como muy repetida en relación con complejos urbanos anglosajones, etc.⁴

Siguiendo este paralelismo cabe afirmar que todos los hombres de campo de que se ha hecho mención, desde una época que se remonta por lo menos al medievo, estaban relacionados con gentes de villas, ya que no ciudades populosas, que poseían industrias y practicaban un comercio más o menos desarrollado. Y no sólo esto, sino que se hallaban también en situación de dependencia estrecha con respecto a clases sociales de más elevada posición económica, la aristocracia alta (pues hidalgos eran todos), la burguesía y el clero o el estado eclesiástico en general.

En un país constituido de esta manera, situado en una zona fronteriza, ha perdurado una lengua de origen antiquísimo, se han conservado leyendas, tradiciones y usos muy viejos. Pero en lo que a cultura material se refiere, la huella de las innovaciones acaecidas en los siglos XVI, XVII y XVIII es clara. El ferrón transformó su industria radicalmente a partir de fines de la Edad Media, el agricultor amplió y reformó el sistema de cultivos de modo revolucionario en el siglo XVII y el pastor y el leñador hubieron de adaptarse a condiciones nuevas también entonces. Las modas en el vestir, la música, la poesía, la construcción, cada determinado número de años cambian, adoptan un nuevo aire, un sello especial. Y este sello, en gran parte, se debe a influencia de lo «no popular», es decir, lo que no es ni «primigéneo» ni «tradicional»⁵.

4. *Cities in Evolution* (ed. Londres, 1949), pp. XIX-XXVI y 164-165.

5. En mi libro *Los vascos. Etnología* (San Sebastián, 1949) procuré ya dar cabida al estudio del influjo de estos elementos a través de la Historia.

El que hoy quiera tener una buena visión de la vida guipuzcoana actual (incluso la de la aldea más recóndita) no puede prescindir de saber algo sobre los efectos de la «ilustración» en aquel país. El que pretenda aclarar el sentido de ciertas atribuciones de aperos y técnicas habrá de hacer más *Historia moderna real* que *hipotética Historia antigua*. El que quiera comprender la estructura social de un grupo habrá de estudiarlo en relación, en función de otros y -por último- el estudio de aperos u objetos aislados a la luz de la simple morfología resultará expuesto siempre a una generalización sobre orígenes que al principio agradará, pero que a la postre quedará siempre en el aire.

III

Podrá ahora decirseme: ¿Lo que haya ocurrido en el país vasco puede ser pauta para pensar que ha acaecido algo semejante en otras zonas, en el Pirineo central y oriental? Desde luego creo que en Cataluña sí han ocurrido hechos paralelos. En zonas más abruptas y de complejidad menor la diferencia será, ciertamente, sensible. Pero no afectará al fondo, sino a facetas, a aspectos de la investigación. Claro es que entre los pastores y leñadores de las tierras altas las novedades entran a un ritmo más lento. Pero nadie me persuadirá de que no entran ni de que no se producen. Tampoco de que toda su vida se ajuste a un «primitivismo o arcaísmo total» como el que se da a entender. A veces parece primitiva una cosa que es sencilla simplemente y que, dentro de su sencillez, es de mayor utilidad en un medio determinado que otra más compleja. Tal ocurre con el «mayal», por ejemplo, apero del que se ha dicho que es muy primitivo y, que sin embargo, no aparece documentado en textos muy antiguos; desde luego mucho más tarde que el trillo de pedernales o el de muelas.

Para hacer hoy día un buen estudio sobre la cultura material de los pueblos pirenaicos considero que habría que proceder de esta suerte. Primero dar a cada pequeña comarca, tradicionalmente tenida en cuenta, *todo su significado*. Cojamos ahora como ejemplo Navarra. Pues bien, dentro de Navarra, dividida ya en las grandes zonas que cualquier viajero distingue a simple vista, será necesario hacer un mapa o, mejor dicho, varios mapas en que se vieran bien los contornos de valles, cendeas, etc., los mercados rurales, los centros donde se fabricaron objetos de uso muy corriente en el pasado, los señoríos, los arciprestazgos, los ámbitos sociales en donde se desenvuelven o desarrollaron los seres humanos en estudio y los trabajos que éstos efectúan. Tales mapas darían la pauta para aclarar muchos hechos de distribución mejor que los de distribución misma. Se deben hacer «antes» y no «después»⁶.

Unidades como las cinco villas en el extremo norte, el valle de Baztán, el valle de Roncal, las Améscoas, etc., no sólo poseen un significado en la vida política, sino que también lo tienen en la cultura material y en la ergología, tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo. De suerte que si cogiéramos un conjunto de objetos de uso equivalente de una casa del Roncal, veríamos que las formas de ellos son muy distintas. Dentro de áreas más próximas resulta bastante fácil distinguir algunos tipos de construcción baztanesa de otros que se dan más a occidente en la frontera de Navarra con Guipúzcoa, etc. Y el hombre familiarizado con el Pirineo

6. La obra de José Manuel Casas Torres y Ángel Abascal Garayoa, *Mercados geográficos y ferias de Navarra* (Zaragoza, 1948) da una excelente orientación para iniciar esta clase de investigaciones.

Central de seguro que puede distinguir los rasgos culturales de un valle de los propios de otro. Variaciones semejantes dentro de ambientes parecidos no pueden encontrar explicación adecuada sino a la luz de serias pesquisas históricas y de análisis funcionales pacientísimos. Por eso, hoy, creo que empresas tales como la de elaborar atlas folklóricos de proporciones grandes, con hojas dedicadas cada una a hacer ver la distribución de «un elemento cultural», la de lanzar a equipos de colectores a la busca de algo previamente fijado y otras que suponen una especie de mecanización de la tarea científica, no son la última meta de la ciencia ni mucho menos.

IV

Conste que hablo desde el punto de vista etnológico, no desde el estrictamente lingüístico. Pero creo que las ciencias en conjunto, en cada época se planteaban problemas parecidos y que también hoy los lingüistas y dialectólogos están en trance de tener que combatir los excesos de los especialistas que estudiaron todo en función de los «orígenes», a la luz de conjeturas evolutivas, sin hacer gran caso de la Historia media, moderna e incluso contemporánea de los hechos y sin extraer del estudio de las funciones de las palabras todo lo que puede y debe extraerse. Debemos combatir el miedo a los datos modernos que se inculca -esto lo sé por propia experiencia- en la enseñanza universitaria y el romanticismo reconstructivo que también está ligado -al menos en España- con tal enseñanza. El lenguaje, como la cultura (aunque sean el lenguaje y la cultura de sociedades que se consideran muy aisladas) están recibiendo y creando siempre algo nuevo. La capacidad para hacer neologismos mediante composición es una de las características más curiosas de la lengua vasca. Sobre esto se sabe poco y se trabaja menos que sobre etimologías problemáticas.

La cantidad de vocablos de origen no muy remoto que se hablan en los dialectos pirenaicos no ha sido puesta de relieve. Sin embargo, tales vocablos existen y sería importante precisar el ritmo con que han entrado.

En suma, un punto de vista metodológico legítimo hace años ejerce aún una influencia excesivamente avasalladora en la investigación y estas líneas no pretenden más que poner en guardia contra los excesos a que conduce. No contra los resultados positivos a que ha dado lugar y de los cuales pueden considerarse justamente orgullosos los maestros que en su tiempo lo iniciaron y aplicaron.